



HUMANITAS

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
— 2003 —

1933 - 2003 **UANL70** ANIVERSARIO

Edición 30

AMÉRICA LATINA COMO LUGAR DEL ENCUENTRO
CULTURAL CREATIVO:
UNA VISIÓN ONTOLÓGICA

Dr. H. C. Heinrich Beck
Catedrático emérito de Filosofía en la
Universidad Otto-Friedrich.
Bamberg, Alemania

Sumario: 1. Introducción: Intención de esta reflexión; 2. La constitución ontológica de la cultura latinoamericana; 3. La cultura básica: la indígena; 4. Las influencias formativas de la cultura europea; 5. La cultura ibérica: española y portuguesa; 6. La cultura francesa. Referencia también a la italiana y a la alemana; 7. La cultura inglesa; 8. La influencia espiritual de la cultura africana; 9. Conclusión: La importancia de la cultura latinoamericana en el mundo actual.

1. Introducción: intención de esta reflexión.

La meta de estas páginas es determinar, en una reflexión filosófica-teológica, la identidad y el lugar ontológico de la cultura latinoamericana dentro del mundo actual, el cual está en un cambio radical de su estructura.

La identidad cultural de América Latina hasta hoy, se constituye por un proceso creativo de encuentro y amalgamamiento de distintas culturas, que afecta a todo el mundo. Porque América Latina, principalmente, ha recibido influencias culturales de Europa, de las cuales se deducen componentes de la esencia de su cultura actual. Esta esencia

no se puede determinar abstrayéndola de su relación con Europa, ya que para el auto-entendimiento de la cultura latinoamericana, tiene importancia preguntarse ¿cómo ve un europeo actualmente la cultura iberoamericana? Así, el latinoamericano puede confrontarse con tal visión y definirse en su identidad cultural.

Tal visión europea de la cultura hispanoamericana no necesariamente implica un eurocentrismo. Pues, aunque Europa ha sido el origen de impulsos esenciales y constitutivos de la cultura iberoamericana, no se puede entender como el centro y fin de la historia, sino sólo como un impulsador y servidor, en la paternidad con otras culturas. Y Europa misma, exactamente en una paternidad y dialogo cultural, puede definir su propio lugar y tarea ontológica en el mundo.

Con esta visión, filosófica-teológica de la cultura latinoamericana, intentamos una reflexión ontológica, la cual usa términos que vienen de la tradición filosófica europea; perennemente válida como las categorías de acto y potencia, o también los conceptos de identidad y libertad, como el alejamiento (*entfremdung*), del logos y de la analogía, etc. Pero éstas categorías del pensar, no son tan específica y exclusivamente europeas, ya que no tendrían ningún sentido en otros ámbitos y culturas del mundo, por lo menos en su intención fundamental, trascendental y universalmente humanos.

Establecido lo anterior, podemos poner ahora, con mas claridad, nuestra pregunta ontológica por la esencia de la cultura latinoamericana como ente.

La cultura latinoamericana significa un ser, que constituye una cierta unidad relativa. Pero, ¿cuáles son los constituyentes de ésta unidad, los principios o causas constitutivas desde las cuales emana y confluye esta unidad cultural?

2. La constitución ontológica de la cultura latinoamericana.

El ser de la cultura latinoamericana, en su esencia se construye por la confluencia de dos principios o elementos culturales contrarios, que en el curso de la historia sucesivamente se encontraron: Uno es la cultura indígena,

representada por la mentalidad de los indígenas y sus objetivaciones en las lenguas y las obras de arte. Se afirma que el indígena, tanto en su naturaleza —por ejemplo, en su apariencia física— como en su cultura, tiene una cierta semejanza con el hombre asiático, existiendo la hipótesis, de que los indígenas, hace milenios provinieron de Asia, a través del Estrecho de Bering y Alaska, siendo así originariamente asiáticos; desde hace algunos decenios, hacia varias partes de América Latina han inmigrado grupos de japoneses, refrescando y aumentando así el componente asiático.

El otro componente del ser de la cultura latinoamericana deviene de la cultura europea, que influyó en tres etapas: la primera y más profunda influencia la ejerció la cultura de los españoles, que dominaron y determinaron América Latina durante trescientos años, desde el siglo XVI hasta el siglo XIX. Después, en el siglo XIX, influiría intelectualmente la cultura francesa, la cual representa otra cultura latina y pseudoeuropea; y por último, en el siglo XX, vino una fuerte influencia de la mentalidad norte-europea, de la cultura anglosajona, la que influyó también a través de los Estados Unidos de Norteamérica. Actualmente esta influencia parece aumentar, ante todo México que geográficamente pertenece a Norteamérica. En lo que corresponde a la parte sudamericana de la cultura latinoamericana, prevaleció la influencia de las culturas pseudoeuropeas, incluyendo la italiana y la alemana. Así, la influencia y componente europeos hacen aparecer a América Latina como una gran Europa, una Europa extendida en nuevas dimensiones, el llamado Nuevo Mundo de Europa. Debido al encuentro con las condiciones naturales y culturales de América, la inmigración cultural europea siempre es desafiada y ha necesitado adaptarse, creando así, en reunión con las otras culturas mencionadas, la cultura latinoamericana y su nueva identidad humana. En ciertas regiones, como en Brasil, se integra una fuerte presencia de la cultura africana, aumentando aun más su estructura compleja, rica en contrastes y fuerzas creativas.

Ahora bien, ¿cómo caracterizar estas diversas culturas que, por su confluencia en América Latina, constituyen y originan el ser de una nueva cultura? ¿Y cómo se proporcionan estos

componentes culturales en la unidad relativa de la cultura latinoamericana?

3. La cultura básica: la indígena.

La cultura indígena, por lo general, es la base de la cultura latinoamericana. Se desarrolló en armonía y unidad con la naturaleza, experimentada y entendida en sus profundidades divinas. Entre los toltecas, los dioses más importantes aparecen como principios energéticos personalizaciones de la naturaleza, como Quetzalcóatl el dios del viento y de la luna; Huitzilopochtli, el dios del sol y del fuego y por lo tanto de la guerra; y Tláloc, el dios de la lluvia. Toda esta cultura, se manifiesta como un estar e instalarse en la naturaleza divina, incluyendo una unidad íntima de la religión con la técnica, el arte, y la ciencia natural que se acentúa en la geometría y la astronomía. Por ejemplo, la construcción de las casas, los templos y las ciudades eran guiadas por las medidas de la constelaciones celestes y las proporciones armónicas del paisaje terrestre; la naturaleza en la polaridad de cielo y tierra es experimentada y entendida como espacio y fondo maternal del ser que da a luz, reina y protege al hombre, en el que el hombre está y se instala.

Así, la cultura indígena manifiesta una dimensión estética-intuitiva-espiritual, que se orienta en la *Verdad Divina*, que revela y refleja de la naturaleza sus proporciones y lúcidos colores. La mentalidad indígena se comporta frente a la naturaleza en una actitud de receptividad, respeto y veneración, no de determinación y dominación; por eso, es interpretada -según el filósofo mexicano José Vasconcelos-, como más receptiva, femenina y maternal.

4. Las influencias formativas de la cultura europea.

La cultura europea, por el contrario, no es receptiva y respetuosa, sino más bien determinante y dominante. Aparece primordialmente masculina, no dispuesta a recibir intuitivamente ni a reconocer prácticamente las estructuras de sentido de la naturaleza y realidad. Estas estructuras son

captadas racionalmente y transformadas bajo el poder y dominio del hombre. El espíritu europeo no se integra inmediatamente en una armonía originaria del ser, sino egresa de la realidad experimentada, la trasciende, objetiviza y dispone.

Esta mentalidad se expresa y culmina en la religión cristiana, tal como está inculturada en Europa, en el entendimiento religioso típicamente europeo. Aquí, el *Ser Divino* no es entendido tanto inmanente, sino como trascendente de la naturaleza, y no como madre que da a luz y es hogareña, sino como padre que crea al mundo y se objetiviza; es su señor y dominador. Correspondientemente, la ciencia europea tiene como su meta apoderarse de la realidad teóricamente, para que la técnica pueda tomarla en sus manos prácticamente. La misma intención y disposición del dominio sobre la realidad, por la razón analizante y ordenante, se manifiesta en el comportamiento político y económico típicamente europeos; en este contexto, la cultura europea ha originado el orden jurídico según el cual se conocen y reconocen determinados derechos, deberes y competencias para cada individuo y sociedad.

En el espíritu cultural de Europa se tiene que distinguir la capacidad racional de analizar y ordenar las cosas, de distanciarse y enfrentarse a ellas reflexivamente y de proyectar activamente el futuro según principios inteligibles; y ésta capacidad, en su esencia íntima y posibilidad, significa algo fundamentalmente positivo y constructivo, pero en su uso concreto y desarrollo ha logrado una disposición parcialmente negativa y destructiva. Europa, en su destino histórico, representa una especial participación del *logos* y ha llevado su luz al mundo. Pero, este *logos*, encarnado en la cultura racional de Europa, también se ha alejado de su íntima esencia, lo que ha dado lugar a algunos aspectos negativos en la cultura europea. El *logos* europeo, en su realización concreta, se ha pervertido convirtiéndose en un hábito de orgullo e *hybris*, no sirviendo a las cosas, sino más bien sometiendo y explotándolas sin respeto, en un sujetocentrismo e *imperialismo de la razón*, que se cierra frente a la voz de las cosas. Hay que preguntarse, en cuanto a ciertos fenómenos

Europeos históricos, cómo el empirismo, el racionalismo, el positivismo analítico y la dialéctica se expresan en tal auto-encerramiento y en la falta de receptibilidad del *logos subjetivo del hombre*, frente al *logos objetivo del Ser*, no reconociendo y participando de él.

Ahora bien, esta capacidad racional europea, que en su esencia originaria y más profunda lleva algo eminentemente positivo, pero que ha recorrido estadios parcialmente negativos, también se extendió a América Latina y —desde aquí— se deriva una oportunidad de desarrollo cultural, pero también una crisis económica, política, social y religiosa, que afectan su relación con la naturaleza, consigo mismo, con el prójimo y con Dios.

5. La cultura ibérica: española y portuguesa.

Dirijamos ahora la mirada —más diferenciada— a las tres culturas europeas capitales, anteriormente mencionadas, que en distintas etapas históricas influyeron en América Latina, y preguntémosnos por el carácter y el efecto de cada una de ellas, y que participan en el origen y constitución de la unidad del nuevo ser de la cultura latinoamericana.

La primera, la española y la portuguesa, trajo a Latinoamérica la lógica grecolatina del pensamiento filosófico y jurídico, como se testimonia en Platón, Aristóteles, Plotino, Séneca, Tomás de Aquino y la Escolástica. Pero ante todo llevó a Iberoamérica el *Logos Divino* mismo, encarnado en Jesucristo Salvador, y su correspondiente interpretación doctrinal teológica y ética. Desde esta interpretación, el individuo mismo, como imagen y *partner* de Dios, tiene valor altísimo e intangible, y los sacrificios culturales de hombres y otras crueldades practicadas por los indígenas resultan injustos. Así, los españoles por medio de la evangelización, formación y educación contribuyeron a una ulterior humanización y personalización del indígena. Pero, simultáneamente, los aspectos negativos del espíritu europeo se hacen presentes en la conquista y la extinción parcial de la cultura indígena, contradiciendo el espíritu cristiano y

humano; significando desentendimiento y perversión de la participación en el *Logos Divino*.

Sin embargo, los indígenas fueron susceptibles al mensaje de los españoles y lo incorporaron a su religión, a su idioma y a su estilo de arte y arquitectura. Esto se explica, en una cierta entrega al espíritu español, tiene también una profunda disposición intuitiva y estética de las dimensiones religiosas, como se manifiesta en su capacidad poética y mística.

Si se quiere entender y expresar esta entrega a las categorías de la ontología de la tradición europea, podemos afirmar que: *La cultura indígena se comporta como la cultura española, que entró en ella como una potencia receptiva a un acto correspondiente añadido, por el que ulteriormente se realiza, se forma, se perfecciona y lleva la posibilidad en su propio ser.*

Vasconcelos, como ya lo hemos mencionado, compara simbólicamente las culturas con los sexos: la cultura indígena se comporta frente a la europea, como un ser femenino frente a un ser masculino. Así que, el niño del encuentro entre ambas es la cultura latinoamericana, la cual integra las propiedades de sus padres, cambiando y elevándolas cualitativamente.

Sin embargo, hay que tomar en cuenta las deficiencias y carencias de las culturas que se encuentran. La cultura española-europea, no sólo ha realizado y perfeccionado a la indígena, sino la ha reprimido y extinguido; y no sólo la ha elevado a una forma más alta de humanidad, sino también la ha deformado y deshumanizado. Los efectos positivos del encuentro cultural, en la constitución de la nueva unidad de la cultura latinoamericana, resultan entonces limitados, incluyendo contradicciones, problemas y tensiones en esta cultura compleja; pero, los efectos positivos resultan excitantes y fundamentales. ¿En qué consisten?

Citemos solamente dos ejemplos: el tipo latinoamericano de la religión cristiana y el estilo latinoamericano del arte. En comparación con la española, la forma latinoamericana del culto cristiano manifiesta una relación más profunda con la naturaleza física, sensorial y espiritual, y una unión más integral con el principio femenino. Por ejemplo, la Virgen María de Guadalupe en México tiene una irradiación e importancia imposibles de ignorar, por esto es un símbolo.

La imagen de esta virgen muestra una mujer indígena morena, sin hijo en sus brazos. El *logos* encarnado, Jesucristo - que ha venido y entrado por medio de la evangelización-, no es visible en esta imagen, pero sin duda, está embarazada y puesta la esperanza en él. Así, se insinúa comprender esta imagen, en el fondo de lo que anteriormente ya hemos dicho sobre la espiritualidad de la cultura indígena: su reunión y armonía con la naturaleza, divinamente abierta y receptora. Por eso, según Vasconcelos, su carácter profundamente femenino se sugiere comprender a esta mujer como una representación del mundo, como potencia receptiva en su acto de disposición y esperanza, ante el sol Divino, para que el fertilice la tierra. La Virgen de Guadalupe, aparece -al menos subconscientemente- en la perspectiva y sucesión de la Tonatzin, la Diosa de la Tierra y del Maíz, la Virgen y *Pequeña Madre* de los antiguos aztecas. Así, ahora queda bautizada, cristianamente elevada y más personalizada -por su relación con el Dios Cristiano, el que es sumamente personal y que no se comunica sin ninguna necesidad y ley anónima de la naturaleza-, como lo hace el sol físico y también los dioses de los indígenas, que parecen significar nada más que imaginaciones de energías y principios inmanentes de la naturaleza. Falta aún el paso a la trascendencia del Dios absolutamente personal y libre. Y así, se da una analogía de entrega, como la tierra se entrega al sol, esperando y recibiendo de él la luz y el vigor, dando nacimiento a la vida; lo que significa la respuesta y el agradecimiento de la tierra al sol. Esto sucede naturalmente, en un sentido personal y libre, en la persona de la Virgen María: el mundo se entrega a Dios, se abre y dispone ante él como potencia receptiva, y recibe de su amor libre la gracia de Jesucristo como hijo de Dios y de la tierra, lo cual significa así la plenitud de la vida, la vida misma en persona. La Virgen María, representa en la Virgen de Guadalupe al mundo y a la naturaleza, que en ella participa y culmina como en su centro personal. Una interpretación semejante a la de la Virgen de Guadalupe, se surge del culto de la llamada *Pacha Mama*, el cual se encuentra en muchas regiones de Sudamérica, por ejemplo en el norte de Argentina o en Perú.

De ésta manera, en el entendimiento y en el culto latinoamericano, la Virgen María gana una dimensión simbólicamente cósmica, la cual no se tiene en la cultura cristiana española-europea. Es decir, el cristianismo y la espiritualidad latinoamericana presentan la síntesis e integración de ambas culturas: de la cultura indígena los valores de una inmanencia profunda en la naturaleza y *feminidad*, y de la cultura española-europea los valores de una alta trascendencia de la naturaleza y *masculinidad*; la cultura cristiana latinoamericana presenta así una nueva cualidad del ser humano.

Un acontecimiento cultural como es la religión, se revela en el arte latinoamericano. Convirtámonos pues, a este fenómeno. Las obras de arte latinoamericanas de arquitectura y pintura del barroco colonial se distinguen de las obras contemporáneas europeas por la manifestación de un vigor más fuerte, *cuasi* vegetativo-vital. Los altares en las iglesias latinoamericanas manifiestan una energía de crecimiento y grandeza de expresión que muchas veces no dejan ni permiten ninguna distancia espacial frente a sus paredes, lo que no sucede en las europeas. También, los motivos de las plantas y de la tierra fecunda están más vehemente presentes. Parece que en el arte latinoamericano se expresa un *logos* y espíritu profundamente inmerso en la naturaleza física. En Europa significaría un paso ulterior al proceso de la encarnación. Claro que una exposición más concreta y sensible del espíritu a la materia también hace al hombre más *herible*, e implica un profundo sufrimiento. El espíritu no se mantiene y asegura en una vida abstracta encima de la materia, sino que se arriesga en una expresión y autoexposición más concreta y carnal; la encarnación del amor sé continua y está en su raíz, anuncia algo profundamente divino.

Entonces, en la constitución de la nueva unidad del ser de la cultura latinoamericana, por el proceso histórico del encuentro indígena (que tiene cierta semejanza con la asiática) con la europea, influyeron sucesivamente tres culturas parciales europeas: la española, la francesa, y -quizás más en el norte- la anglosajona y norteamericana; mientras que más en el sur prevalecen las influencias pseudoeuropeas,

incluyendo la italiana y la alemana). La española tuvo la máxima repercusión por su afinidad con la sustancia indígena, por su igualmente fuerte orientación religiosa y estética; influiría primordialmente en el ámbito de la religión, por la cristianización, pero también en el arte, la arquitectura, la pintura, la música y la poesía. Esta influencia europea fue, para la constitución de la cultura latinoamericana, la más sustancial y formativa.

6. La cultura francesa. Con referencia también a la cultura italiana y alemana.

La influencia francesa no se dio inmediatamente en la cultura indígena, sino después, cuando ya se encuentra formada y evolucionada por la española. O mejor dicho, aparece cuando ya existe la nueva unidad cultural indígena-española.

Los franceses no vinieron en una actitud semejante a la de los españoles, su influjo fue más intelectual e ideológico, pero muy efectivo. No sucedió en el ámbito religioso y estético, sino más bien filosófico, jurídico y político. Los franceses tienen un acento correspondientemente diferente en su disposición e interés vitales, lo que puede verse en su contexto: Francia se encuentra en Europa en una posición geográfica y política diferente a España, tiene más fronteras y se ubica en el centro y norte de Europa.

Este pensamiento francés, con su orientación más filosófica-jurídica-política que influyó y formó también la cultura latinoamericana, se caracteriza por la tendencia al absolutismo del sujeto humano por el racionalismo y el empirismo. Está marcado por fenómenos como el *enciclopedismo*, que intenta el dominio de toda realidad empírica por la razón; el positivismo de Augusto Comte; el escepticismo y ateísmo de Voltaire; la tesis de Rousseau en la que el hábito natural de la libertad exige la abolición de las todas las instituciones de poder, como el Estado y la Iglesia. Y este espíritu, con sus lados positivos y negativos es un principio constitutivo y formativo, ulterior, en la unidad del ser de la cultura latinoamericana. Ella se manifiesta así como

una unidad dinámica y rica de contrastes y de tensiones, que implica sufrimientos profundos y desarrollos creativos. Por su reunión con el espíritu indígena y el espíritu español, en la unidad de la misma cultura, el espíritu francés en América Latina debió adaptarse y cambiar como sus dos compañeros, para lograr la integración y unidad culturales.

Hay que agregar que en este desarrollo —especialmente en la parte sur de América Latina— comparte dos influencias culturales más que provienen del sur y centro de Europa: la italiana y la alemana. La primera contribuye con una alta capacidad de sentir, intuir y expresar valores estéticos y religiosos y un particular sentido familiar, que afecta las relaciones sociales y políticas; la segunda implica la capacidad de componer y pensar nuevas ideas y conexiones de sentido, como se da por ejemplo en Mozart, Goethe, Hegel y Heidegger. Alemania, por su posición en el corazón de Europa, desde siempre tuvo que vivir entre los contrastes culturales del norte, del sur, del este y del oeste, lo que derivó en notables facultades de confrontación, de mediación y de síntesis creativa. Estas disposiciones culturales italianas y alemanas, que también tienen sus lados positivos y negativos como se sabe, se amalgamaron con la española y la francesa, modificando y acentuando, según sus maneras, la evolución cultural hacia una más rica libertad humana.

7. La cultura inglesa

Ahora bien, el espíritu indígena quiere estar e instalarse en la naturaleza divina, el espíritu español quiere redención y salvación de las almas —por ejemplo, liberación religiosa—, el espíritu francés, liberación política, y últimamente, un intervencionista espíritu inglés-americano quiere la libertad económica.

Esta nueva orientación del espíritu inglés, no se comprende sin atender a la posición geográfica de Inglaterra en el norte de Europa: allá el duro clima exige otra confrontación con la naturaleza, otro esfuerzo y trabajo para mantener la existencia física. De esto resulta un capitalismo individualista con un compromiso vital para los valores físicos

y económicos, permaneciendo en segundo lugar los valores estéticos. Las bellas artes, no tienen importancia central en la vida, como sucede en los países del sur, más cercanos del sol. Las culturas anglosajona y angloamericana, son culturas no tanto expresivas, sino más bien progresivas; como el filósofo alemán Eduard Spranger dice: *Prevale un pensamiento no tan concreto-intuitivo, sino más abstractamente distanciado y técnico, el cual permite el apoderamiento y dominio de las condiciones físicas de vivir.* Los países del sur viven más en el aquí y ahora, y acentúan la relación con el espacio; los países del norte atienden más al tiempo y proyectan racionalmente el futuro. Los primeros viven como *hijos del sol*, pero éstos tienen que ser *hijos de la tierra*, y en este sentido son más *realistas*.

Esta mentalidad, muy lejana a la de los indígenas e igualmente distinta a la de los españoles y franceses -de los europeos latinos-, también ha entrado en la cultura latinoamericana y como parece, es cada vez más dominante, agudizando aun más el contraste y la tensión inmanente de su ser y esencia. ¿Pueden entenderse y aceptarse estos espíritus tan diferentes? ¿Van a integrarse a una nueva cualidad cultural?

Sería adecuado al ser humano, si este proceso del amalgamamiento e integración cultural -que camina a través de una adaptación interna y cambio de las culturas tradicionales en América Latina-, tuviera éxito. Pues estos tres valores y orientaciones, el religioso-estético, el social-político y el individual-económico, corresponden a la estructura de sentido de la esencia humana: radican en las tres partes del alma que ya distinguió Platón.

8. La influencia espiritual de la cultura africana.

Antes de terminar nuestro intento de una visión onto-sintética de la cultura latinoamericana hay que mencionar que, además de los componentes indígena, asiático y europeo; también ha ingresado, como el Brasil, un fuerte impulso cultural africano.

Sin profundizar aquí, podemos decir que la cultura africana implica la capacidad racional de distanciar, objetivizar

y dominar la realidad. Pero la no-permanencia en el hábito africano frente al mundo, como en el hábito europeo, desarrolla una conciencia no tanto analítica-discursiva y voluntativa, sino más bien simbólica-intuitiva y afectiva, viviendo de la armonía y unidad del ser. En esta disposición, que tiene una cierta semejanza y afinidad con las culturas indígena y asiática, acentúa más la espiritualidad que la *lógicidad*. La diferencia puede ser que en las culturas indígena y asiática, el espíritu se dirige más hacia adentro y reposa casi contemplativamente en el equilibrio del ser, instalándose y estando en él; mientras que en la cultura africana, el espíritu se dirige hacia afuera y es fundamentalmente dinámico y expresivo, como se manifiesta en el movimiento rítmico de la música, del baile y del drama.

Continuando nuestra visión ontológica de la constitución de la cultura latinoamericana, se puede interpretar que la potencia receptiva de la cultura indígena, la cual a su manera parece más espiritual que racional, recibió el influjo racional desde la cultura europea, y después el influjo intuitivo-espiritual y dinamizante de parte de la cultura africana; dos realizaciones que se penetran y amalgaman mutuamente, de distinta manera según las diferentes regiones del continente.

9. Conclusión: La importancia y la tarea de la cultura latinoamericana en el mundo actual.

América Latina experimenta la confluencia de las culturas de los tres continentes capitales del mundo: Asia, Europa y África -hacia una más completa e integrada humanidad y cultura mundial. América Latina significa casi un modelo ejemplar para este proceso de confrontación, penetración e integración cultural, que en la actualidad se impone a todo el mundo. En este *servir de ejemplo*, yace quizá la importancia y la tarea histórica de América Latina frente al mundo: dar un mensaje al mundo.

Hoy en el mundo entero, pero en América Latina existencialmente más densa y lucidamente- las diferentes tradiciones culturales de la humanidad se penetran mutuamente, de modo comparable a una *mezcla química* de

elementos generativos. Bajo la presión *exterior* de no poder sobrevivir de otra manera, las tradiciones culturales son desafiadas a un cambio, a superar sus carencias humanas, a actualizar sus capacidades positivas y a desarrollar nuevas cualidades humanas, las cuales son posibles solamente por la complementación mutua en una digna paternidad. Esta nueva cualidad de la conciencia humana, no simplemente deducible de sus elementos generativos, significa una *conciencia intuitiva y espiritual-afectiva, racionalmente ordenada* o también una *conciencia lógica-racional, intuitivamente y espiritualmente fundada e integrada*. Tal *estructura integral de la conciencia humana* significara un *salto creativo* de la evolución, el que hoy parece necesario y ya se inicia. Quizá los sufrimientos económicos, sociales, religiosos y morales actuales de la humanidad, los cuales radican en las mencionadas limitaciones y fallas de las culturas tradicionales, al final se puedan entender como los dolores del dar a la luz una cualidad esencialmente nueva del ser humano. Cualidad que contenga una inmanencia más profunda en la naturaleza y simultáneamente una trascendencia más alta de ella y de cada realidad mundana, y así una capacidad más sensible y abierta al amor y a la libertad responsable.

Pero volvamos la mirada a América Latina, el lugar privilegiado del encuentro de las culturas y fabrica del nuevo hombre: ¿Cómo definir, desde nuestra visión europea, su identidad cultural? Según lo que ya se ha mostrado, esta no puede ser una mera continuación de las culturas europeas en América, ni algo totalmente distinto. Al determinarlo ontológicamente, se ofrece el concepto de una *analogía del ser*, que viene de la tradición filosófica europea y da lugar a una propuesta de semejanza, o en otras palabras: *semejanza en la desemejanza y desemejanza en la semejanza*.

Esto se ejemplifica con nuestra comparación de la integración cultural con una investigación química: las sustancias generativas sufren un cambio cualitativo por su síntesis en la unidad más rica de la nueva sustancia, la que las distingue en una *semejanza desemejante*, revelándoles y comunicándoles su perfección. Pero, ¿cuál es la importancia de esta nueva identidad humana, hacia la cual América Latina

parece estar en camino? Lo que implica está claro: un riesgo, pudiendo también fracasar. ¿Esto es importante para la vieja Europa?

La cultura de Europa —desde hace quinientos años—, ha sido asimilada por América, bajo las condiciones naturales y culturales del Nuevo Mundo. Pero es en América Latina donde los cambios van, como hemos visto, en dirección de una humanidad más integrada y humana, y justamente los contrastes, contradicciones, tensiones y sufrimientos en su ser implican la oportunidad de profundizar la humanidad. El sentido de este acontecimiento histórico, que significa un paso esencial en la evolución de la vida, podría ser que la cultura latinoamericana dé luz y haga reaccionar a la vieja Europa, la revitalice y la ayude a ser más humana, comunicando su espiritualidad humilde a la racional Europa, la que está en peligro de estancarse en su hábito de orgullo.

Por último, permítaseme ofrecer una profundización teológica de nuestra reflexión filosófica. Este movimiento cultural circular, en su egreso de la cultura europea a América Latina y en su reacción y retorno, significará, en la profundidad de su ser, una participación en la vida trinitaria de Dios: en cuanto que Dios Padre, se enuncia en el *logos*, constituyendo así un espacio personal en sí mismo del encuentro Padre-Hijo, y que ambos cumplen y llenan este recinto por el derramamiento del Espíritu Santo, que es la vida común del Padre e Hijo.

Europa, por su disposición lógico-racional, parece acentuar una particular participación y representación del *Logos Divino*, pero desde el estado bastante alienado y pervertido de su racionalidad, es el *Logos crucificado*. El camino de la liberación por la razón y de la emancipación de la razón misma, tema y contenido de la historia europea, es el camino del sufrimiento y de la cruz.

América Latina, al contrario, por su disposición originaria cultural, manifiesta una acentuada relación con el Espíritu Santo, el cual es el espíritu de la integración creadora y de la unidad. Por la entrada y recepción de la razón alienada europea y de la cruz, esta relación resulta ser más profunda.

Y así, desde la perspectiva de una amplia participación del desarrollo cultural del mundo en la vida divina trinitaria, será conveniente que América Latina, respondiendo a su ser formado por la racionalidad y el logos europeo, compartiera su espiritualidad con Europa. Un diálogo América Latina-Europa, así acentuado, podrá promover profundamente el desarrollo cultural mundial.

En este sentido, se puede decir que: *América Latina es el riesgo y la esperanza del mundo.*

LA PANSOFÍA DE JUAN AMÓS COMENIO (1592-1670) COMO CONCEPTO DE UNA PAZ CREATIVA¹

Dr. Erwin Schadel
Universidad de Bamberg, Alemania.

Al Prof. Dr. Dr. h.c. Heinrich Beck por su 75 cumpleaños.

1. Preliminares

1.1. Datos biográficos

El caos político de la Guerra de los Treinta Años, la disgregación en el establecimiento de las ciencias contemporáneas, así como la pelea intraconfesional durante el tiempo de la Contrarreforma provocaron a Juan Amós Comenio (en checo: Jan Amos Komenský) que iniciara, con esfuerzos casi infatigables, la reforma universal de los asuntos humanos. ¿Quién fue este hombre? Como humanista generoso, teólogo tolerante, pedagogo sensible y filósofo perspicaz; Comenio pertenece a los Hermanos Bohemo-Morávicos que continuaban la herencia del husismo. Comenio nació el 28 de marzo de 1592 en Nivnice (Moravia); después de sus estudios en Herborn y Heidelberg (1611-1614) fue responsable desde 1618 de una parroquia en Fulnek (Moravia), pero al poco tiempo se vio inmerso en los disturbios de la Guerra de los Treinta Años; por los Contrarreformadores de la dinastía de Habsburgo fue perseguido con una orden de arresto, y en 1628 fue (junto con su comunidad fraternal) forzado a abandonar (¡para siempre!) su patria. A temporadas vivió como exiliado en Leszno (Polonia del Sur), donde en 1648 fue elegido como sumo obispo de su comunidad. Invitado